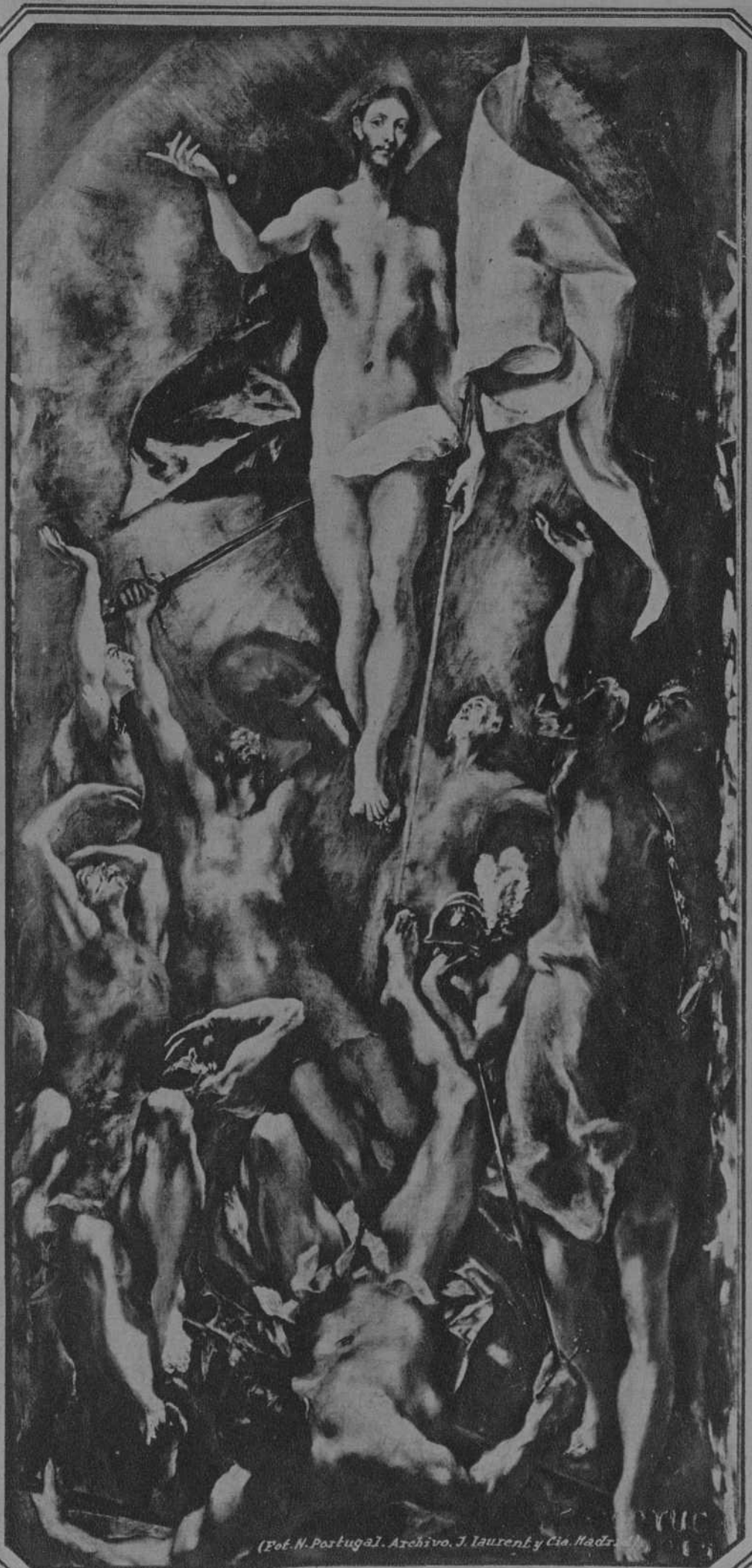
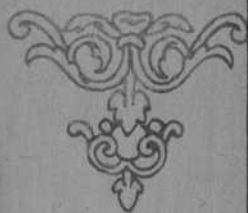


PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
de
El Dia
Gráfico



Nº 27.
26
Septiembre
de
1926

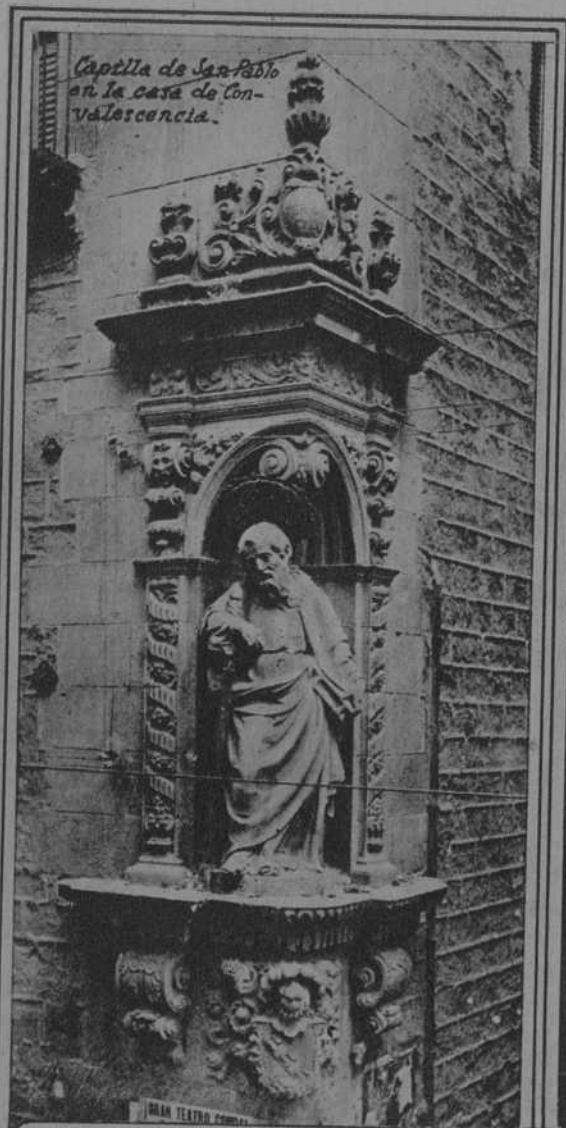


LOS GRANDES CUADROS
DE LOS
MUSEOS ESPAÑOLES.

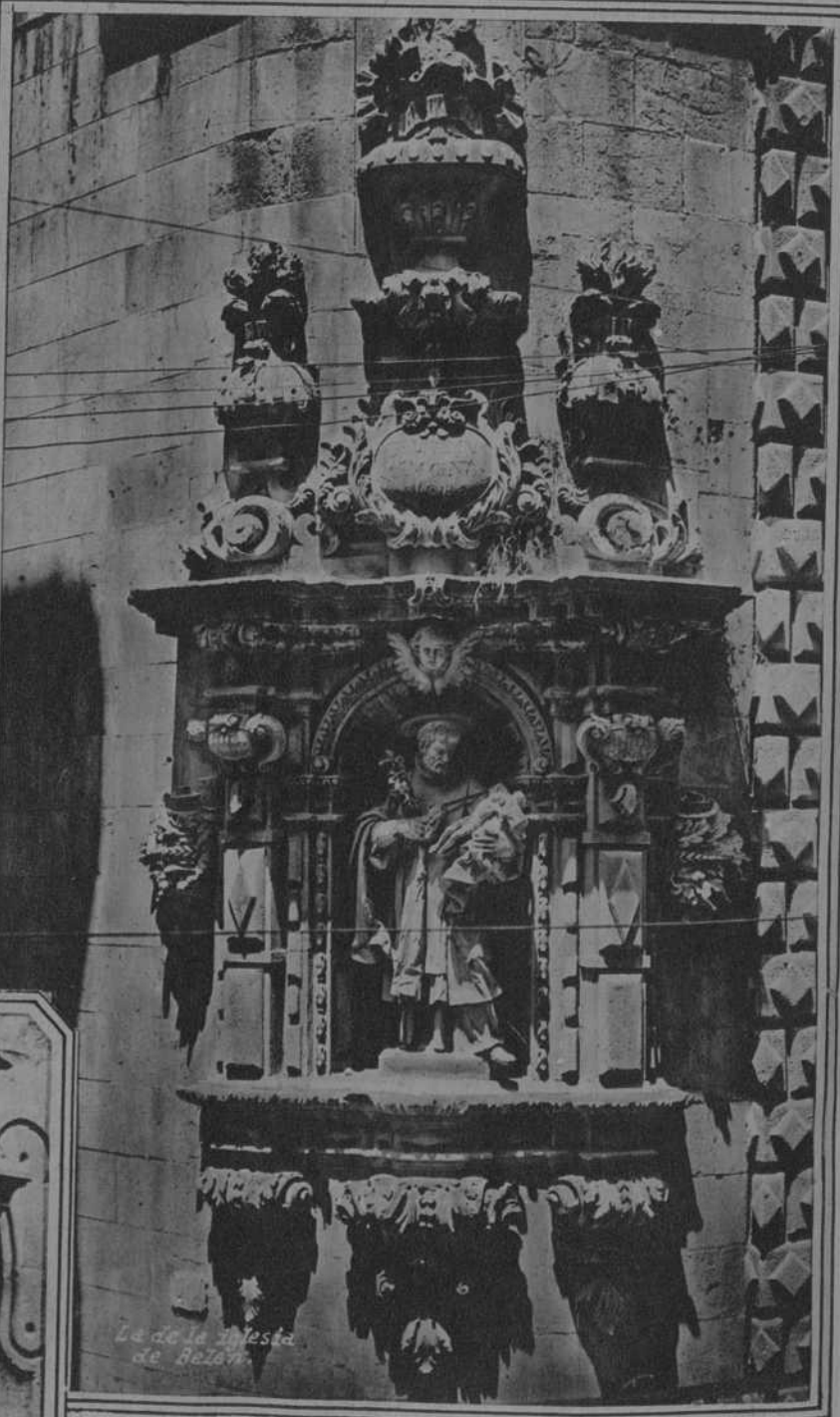
"LA RESURRECCIÓN"
Cuadro del Greco.
(MUSEO del PRADO).

(Fot. N. Portugal. Archivo. J. Laurent y Cia. Madrid)

*Las típicas capillas callejeras
de Barcelona.*



*Capilla de San Pedro
en la casa de Con-
valescencia.*



*La de la iglesia
de Belén.*



*En la Casa
Grimal de
los Velers.*

Cuando envolvían a la ciudad las murallas y se aglomeraban las viviendas en los populosos barrios de la parte de Levante, al cerrar la noche en las lóbregas callejas, no quedaba otra luz que la candileja que la piedad hacía arder ante una devota imagen.

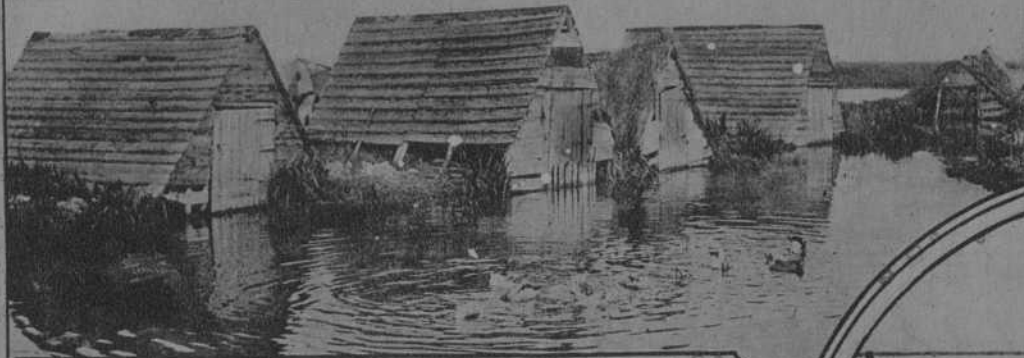
Aun quedan, en Barcelona, algunas de aquellas típicas capillas, cual la de San Roque, en la Plaza Nueva; la de Santa Eulalia, en la bajada de su nombre; la de San Francisco Javier, en el muro de la iglesia de Belén; la de la Asunción, en la calle Alta de San Pedro, junto a la Via Layetana y la de la Casa de Convalescencia, en la calle del Carmen, estas últimas, bella muestra del arte barroco en nuestra ciudad.

(Fots. Arxiu. Mas").

La Albufera.



Viveros de anguilas en el palomar.



Siega del arroz en las márgenes de la Albufera.



La cacería de patos en el lago.



El puerto de Catarroja, entrada de la Albufera.



Blasco Ibáñez, describió la Albufera en "Cañas y barro", y, desde entonces, el lago de las cacerías de patos y de las "chalas", tiene sus personajes literarios. Valencia, después de sus cien torres, posee su laguna legendaria.



Albufera. Perelló.



El pequeño vendimiador.



*Llevando las portada-
ras para entregar las
partes al dueño de
la tierra.*



*Cargando el carro para llevar
a pisar las uvas.*



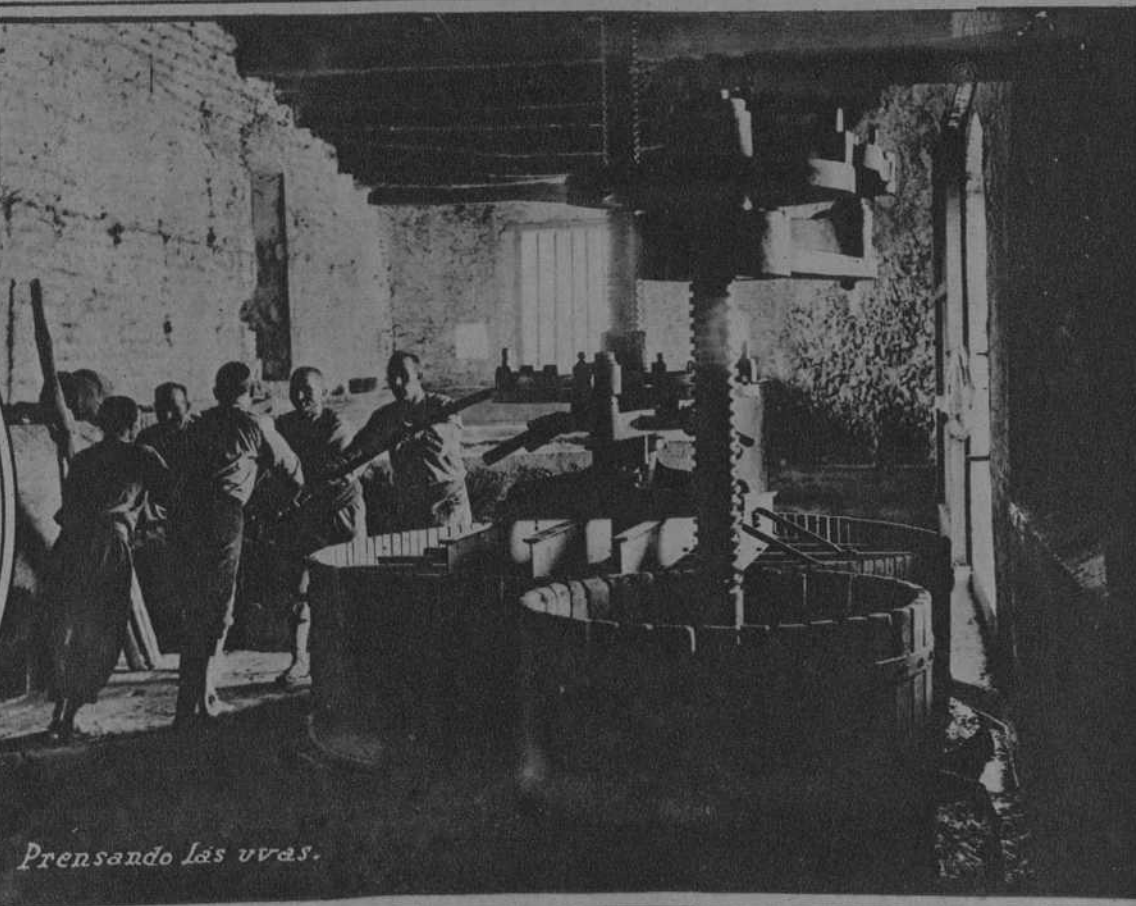
La vendimia

en el Vallés

Pisando las uvas mecánicamente.



*Las uvas dando al niño la risa
que después su zumo irá
poniendo en las botellas.*



Prensando las uvas.

(Fots. Francari).



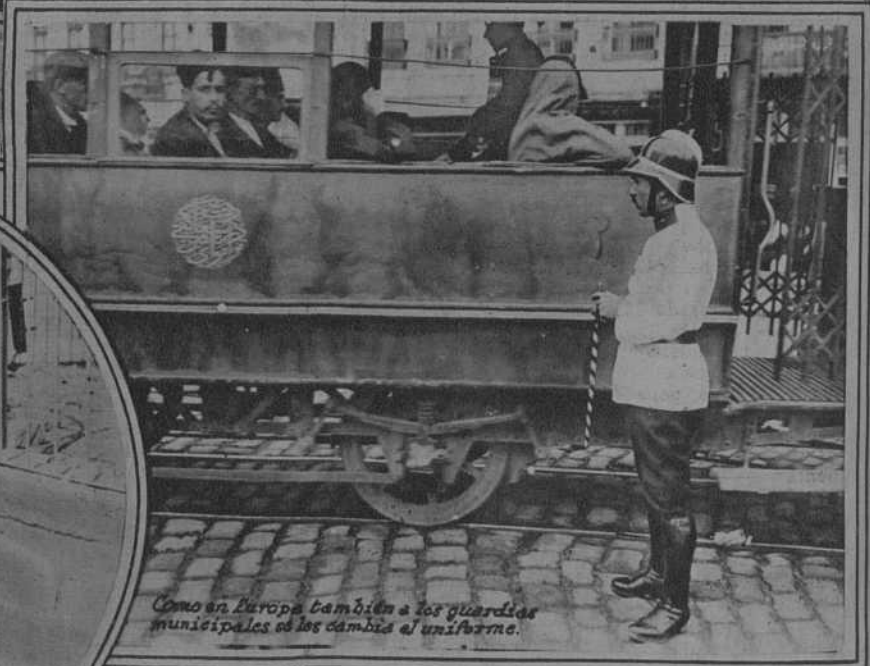
Y se hacen colas para tomar los tranvías.

Constantinopla bajo Mustafá Kemal.

Mustafa Kemal ha demostrado que pueden decretarse la indumentaria, la electricidad y las "colas". Constantinopla, es ya una capital mas, municipal y corriente.



(Fots. Scherl).



Como en Europa también a los guardias municipales se los cambia al uniforme.



Y los limpias callejeros.



Como en Europa, las paradas de los taxis.



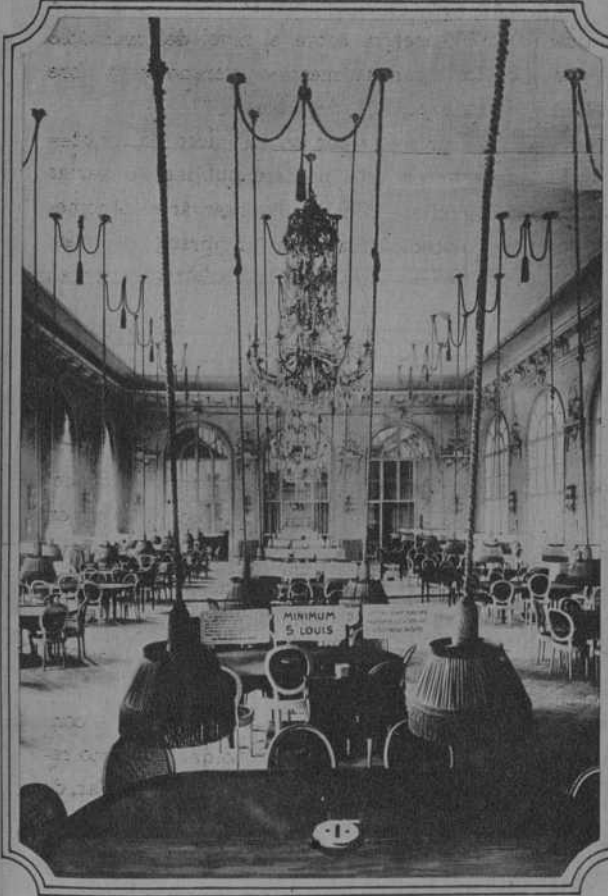
La falda corta como en Europa.

♦ *El Casino de Deauville.* ♦

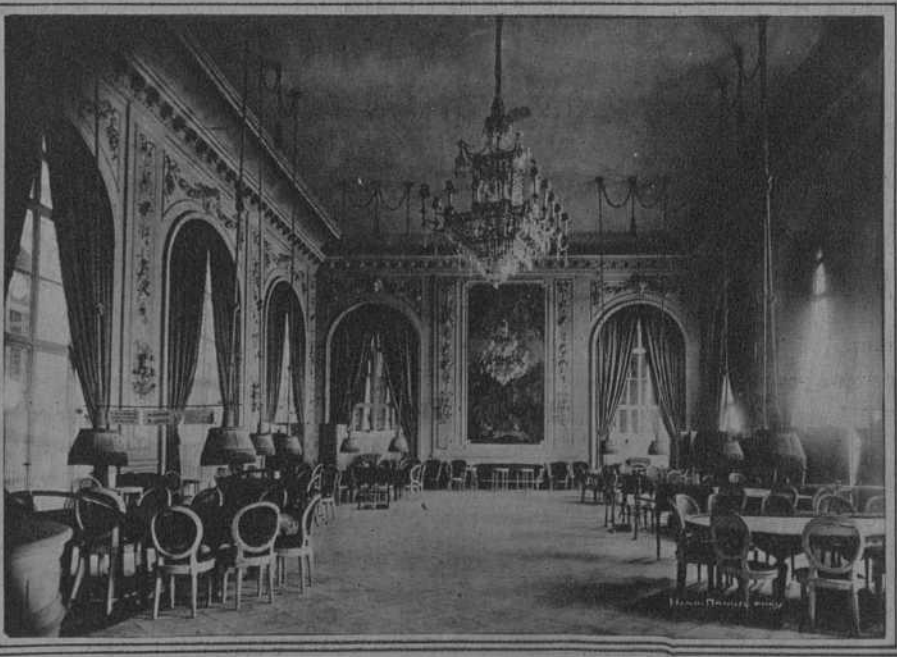
Deauville es el Montecarlo del Norte y del verano. Es también lo snob, frente a Montecarlo que representa la tradición. Durante sus noches, los millones se ganan y se pierden, como en el ensueño de un jugador de raza. Ya la mañana, la fiebre de oro, se calma en la playa cosmopolita y excéntrica.



El Gran "Hall".



La Gran sala de juego.



La primera sala de juego.



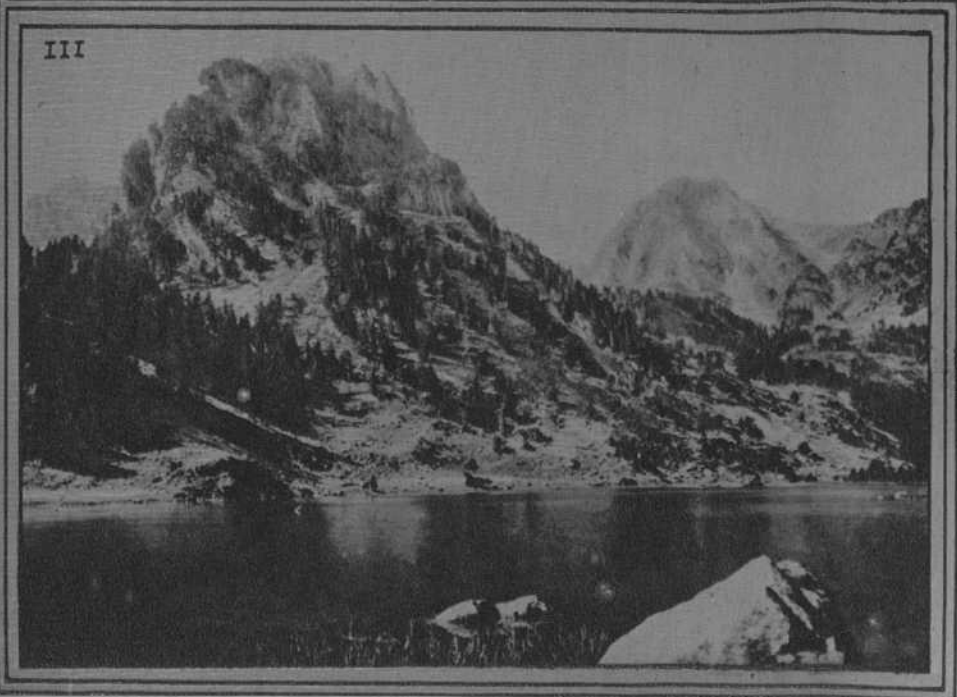
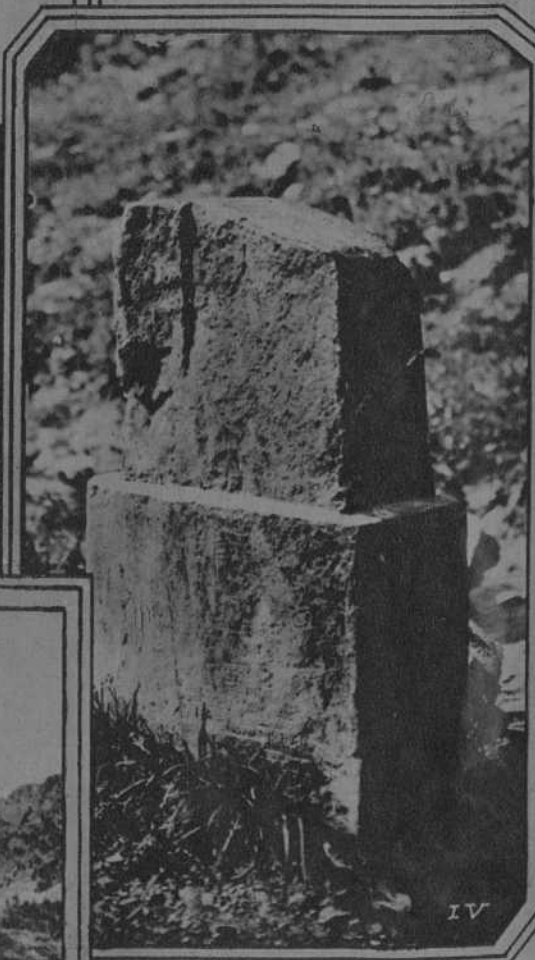
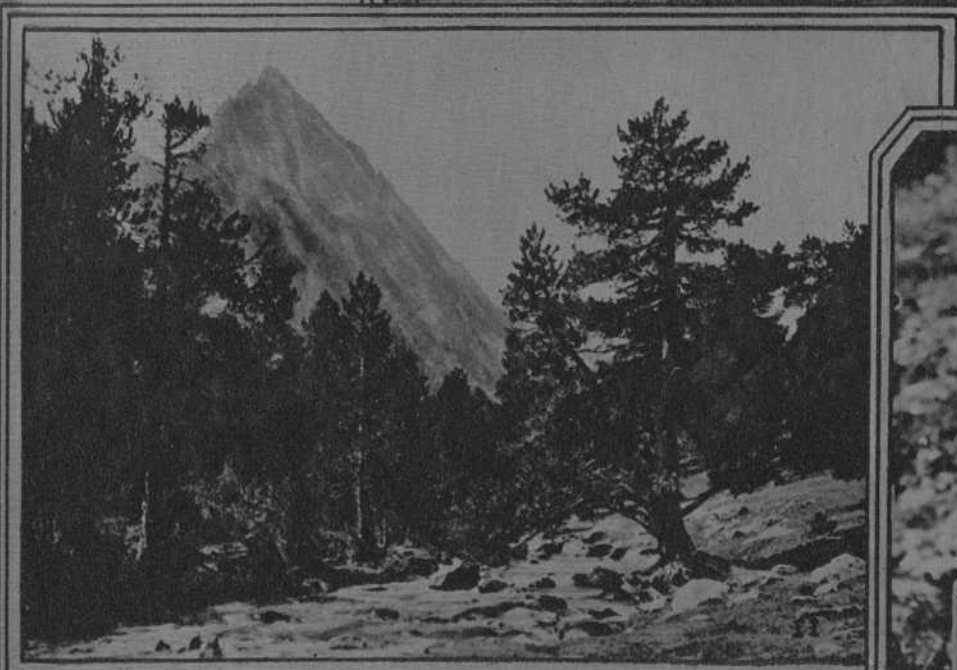
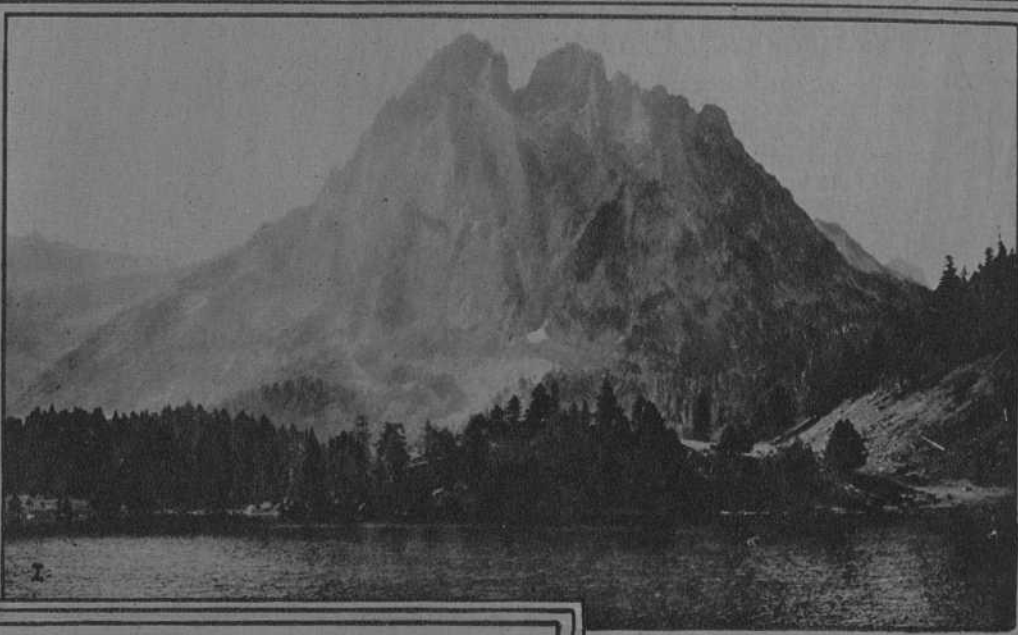
El Restaurant.

(Fots. Henri Manuel). La sala privada de Deauville.



El Pirineo y sus Leyendas

En los pirineos leridanos, a más de 2000 metros de altura, los abetos, los pequeños lagos negros y los picos quebrados, hacen nacer las leyendas. Junto al lago de San Mauricio está la montaña de los "Encantats". Son, según la tradición, dos cazadores petrificados por haber perdido la misa el domingo, siguiendo el rastro de un rebeco. En el llano de Esterri, un monolito es la maza de Rolán.



- I.- "Els Encantats", en Espot.
 II.- La Ribera de San Mauricio y pico de "Els Encantats", visto desde els "Pallés".
 III.- Laguna de San Mauricio, a una altura de 2000 metros.
 IV.- La "Maza de Rolán" enclavada en el llano de Esterri, junto al camino de Espot.

(Fots. Gordó).

CRUCE DE LINEAS, O EL MIEDO DE LOS ANDENÉS

por JUAN GUTIERREZ GILI

Nunca olvidará Rodolfo un viaje que hizo en compañía del fantasma del peligro. Un mediodía de domingo barcelonés, en que a los postres tuvo un gran disgusto con su novia—aprendizaje de la felicidad, o la liberación—vió cambiar el rumbo de su vida, sin saber por qué. La madre de «ella» era una mujer que malgastaba su edad paleolítica en vanos ensayos de pulimentación social, en un lamentable aspirantazgo a dama selecta, llena de los defectos de la seriedad, y carente de las más rudimentarias excelencias de tan temeraria virtud. «Hacían plan» para aquella tarde. La muchacha mostraba deseos de ir al circo, que de un popular barracón que estuvo junto a la Explanada de la Exposición de Industrias Eléctricas, acababa de trasladarse al teatro de Olimpia, removiendo en apariencia un loco entusiasmo en su corazón, por halagar la excentricidad de su novio. Mas la grave distinción de doña Mercedes, se sentía ofendida por tan plebeyas inclinaciones. En el Liceo daban el «Parsifal», y Wagner solicitaba el espíritu de la matrona con sus voces universales.

—¿Vamos a perder el abono—alegaba llena de majestad—por ir a un espectáculo propio de horteras y soldados?

Y en el «vamos a perder el abono» ponía lo más inconfesado de su avara condición.

—Yo me acojo al patrocinio de las Santas de tu nombre—impetró Rodolfo a su adorada—para la coincidencia de Lucía y Cecilia que no podemos desechar.

que no podemos deshechar. oídos—asintió la muchacha, mirándole de reojo con una exquisita sonrisa que jugaba al escondite con la mirada aseveradora de su madre, mirada que estaba reclamando un apaciguamiento de domador. Hallábanse ya en pleno circo diplomático, y Rodolfo sólo apetecía quebrantar las rejas de la jaula para ir a gozar despreocupadamente del aire libre y festivo, curado al sol Mediterráneo. Empuñó no obstante, el revólver de los tiros falsos y disparó así:

—¿Qué encanto sería para Santa Cecilia hacer, como los payasos, reír y palmotear a los niños tocando el órgano el «Mambrú se fué a la guerra».

El chamuscazo no se sintió hasta que doña Mercedes interrogó escandalizada:

—¿Has oído, Jaime? ¡Me obligarás a mí a reprender semejante irreverencial!

El esposo no se había fijado en que la cosa iba con él, porque estaba entregado al deleite de encender un puro inmenso, mientras admiraba el arte con que les servía el café, silenciosa y delicadamente, la más linda de las doncellas que hayan vestido de negro bajo el rizado delantal. Los ojos de Rodolfo se encontraron tajantemente con los de su futuro padre político en el firme campo visual de la sirvienta.

—¿Jaime!—exclamó horrorizada la señora.

—¿Decías algo?—Don Jaime puso la cara asombradiza del que acaba de beberse un

hook de cerveza de un tirón, al caer en la cuenta de que su mujer le asaltaba con la catapulta de sus pupilas iracundas e infrenables.

Lucía rectificaba con agrio mutismo sus opiniones acerca del circo y de la ópera, y Rodolfo, desembarcado del dramatismo de la escena, llevóse una servilleta rezagada a los labios, para paliar su risa inadecuada, en tanto la fámula acababa de servirles un café irridadísimo, y se salía por fin, la cabeza inclinada, un pareado en rojo cereza las mejillas.

Doña Mercedes carraspeó como una leona, obligando a su esposo a imperar por tenor, mientras echaba seis terrones de azúcar en la taza de ella.

—¿Podremos tomar el café con tranquilidad?

—Señoras—suplicó el joven, sintiéndose de pronto forastero—les aseguro que lo que dije de la Santa Patrona no es una profanación. Me lo dictó la mayor inocencia.

—¡Valiente inocencia!—murmuró irónicamente doña Mercedes, obligando a su hija con la mirada a reprender a su novio.

—Hasta hoy he hecho la vista gorda—dijo la niña ofendísimamente—. Pero se acabaron las humillaciones. Mi cara no es para esos ojos.

Aquello era una irreparable ruptura. El frustrado suegro era un barril de puntos suspensivos. Rodolfo se clareaba de puro trémulo, como el stor del balcón, lleno de apetito navegante. Anhelaba salir empujado por el viento primavera, como una vela marina. Y reapareció Inocencia con su vestido negro y sus festones de Chantilly. Les sirvió a ellos unas copitas de coñac, y luego interrogó con voz que era un canto de primavera:

—¿Quieren algo las señoritas?

Este fué el verdadero y eficaz pistoletazo de pólvora. La domadora era ella. No tuvieron más remedio que decirle que no, sonriendo agradecidas. Lo contrario era delatar unos celos grotescos. Inocencia se acababa de enseñorear de la situación. Rodolfo no pudo evitarlo: los sentidos se le fueron tras el impalpable frufrú que hizo la doncella al ganar la puerta con sumiso imperio. Lucía se sentía humillada. Su padre se tumbó en una mecedora humeando como un transatlántico. El novio pensaba que los tobillos de su ídolo tenían medio centímetro de exceso, y ella, después de telegrafiar disimuladamente con su patricia mamá, se puso al teléfono y ordenó:

—Que está a punto el coche para ir al Liceo.

No obstante su propósito de salir, Lucía Cecilia se indispuso inmediatamente y se retiró a su habitación, sin dirigir la palabra a su prometido. Doña Mercedes la siguió solícita y no menos elocuente.

Una monosilábica, fraíluna conversación sostuvieron don Jaime y Rodolfo. Fumaban consternados. De vez en cuando miraban a

una de las puertas; pero Inocencia había de estar preparando su baño.

Luego se verá cómo se metió el fantasma del peligro en el tren. Cerca de las cuatro salió Rodolfo de casa de su novia, para no poner más los pies en ella, a no ser con un imponente ramo de flores de desagravio.

Era triste, triste, haberse jugado un porvenir de felicidad por una estúpida mirada. Pero ¿qué culpa tenía él de que la elegante doncella tuviera un misterio indescribible, ese secreto de las personas a quienes hemos visto alguna vez, y no nos acordamos al momento dónde ni cuándo? No sólo el parecido del rostro, la gorjeante voz, el atañagado aire, sino el rumorero que hacía al andar Inocencia le parecía cosa familiar, aunque olvidada. Súbitamente se acordó: «¡Es ella!», se dijo. De estudiante había conocido en un pueblo, en tiempo de verano, a la hija de unos campesinos. Paseaba un día por el bosque donde enredaba su cola el río, enredando el río de la imaginación entre la maraña ideal de los trinos, cuando oyó un frufrú, un rumorero ondulado que se levantaba de un cañaveral. Parecióle que se le acercaba una sierpe de seda, rizándose y desrizándose al contacto de la espesa lira de las cañas. Y apareciósele una muchachita vestida de azul, desnuda de pies y brazos, indicios, con la frente y la garganta, de un torzido como la pulida cilindrera del alma de las cañas. Después de sentir transfigurado el paisaje y su vida la vió alejarse como corza que oye trompas de caza, besoteando con las plantas el margen aguanoso. Escribió con una rama en flor, como los enamorados que se dan cita en los parques, sobre la arena del arroyo, una copla que, cuando volvió al día siguiente, el agua había roto de un coletazo; pero se la había aprendido. El río también había contemplado a la muchacha, y runroneaba:

Dos amantes te miraban
y yo les tenía celos:
dos enemigos del alma,
y eran mis ojos abiertos.

También el cañaveral le guardaba una fresca emoción de la muchacha. Aspirando su aliento de Diana allí apresado, volviéndose nebulosa el alma bajo el sentado sol meridional, como el más romántico de los palatinos renanos, adoradores en sus noches vagas de la dorada y falaz Loreley.

Una mañana salió Rodolfo de caza con un amigo y mientras éste se alejaba, guiado por las correrías de su perro, encontró a su Loreley madrugadora lavando, de rodillas, un canasto de ropa blanca. Era una rama inclinada, que en los sépalos de las manos tenía el florón cambiante de la espuma. La corriente le acariciaba el rostro en el espejo, y el cristal entre sus interminables y fugitivos dedos, poco después de oír-

se un escopetazo, le ofrendó unas sortijas de sangre y una torcaz herida.

El recuerdo de ésta insignificante anécdota distrajo la imaginación de Rodolfo mientras andaba por las calles sin rumbo fijo. No cabía duda, Inocencia era aquella. Y aquel conserje rural; pero, burlando su retentiva, el color del pelo le intrigaba. Recordaba su cabeza como la más exquisita de las cabezas vetustas, mas no aseguraría si era rubia o morena, porque sólo la veía del color más bello del mundo, de ese indecible matiz de las emociones abstractas. Y el misterioso encadenamiento de las afinidades casuales le condujo hasta la estación subterránea de los «F. C. C.». ¿Estaba en otro planeta?

Era absolutamente necesario dejarse llevar por la inercia del caso como cuando se inician las travesías lamentables. El azar palpaba en la abigarrada chillonería de la Plaza de España llena de esos espectros anarquistas que suelen pasar el tiempo de sus eclipses pacíficos metidos en el corazón de music-hall de los organillos y las pianolas. El rojo tambor de Las Arenas enviaba sus redoblantes broncas al ancho desaguadero del Parnelo. Sans expedía tranvías y más tranvías, como linternas mágicas cargadas de siluetas que se proyectarían, por la Gran Vía, en las Plazas de la Universidad y de Cataluña. Montjuich y el despojado acababan el mundo. Era urgente, apremiante buscar una salida, dar esquinazo a la realidad. ¡Si allí enfrente tremolara todavía sus franjeadas lonas, casi de balneario, del balneario de la risa, aquel circo donde un día se murió un caballito rubio de impaciencia por ver a los niños que le olvidaban en su idolatría por el clown ininteligible! Y la fatalidad sumergió a Rodolfo en los andenes subterráneos, amparados por un blason que decía: «Bajada al Restaurante». Nunca vio lema más internacional para una estación de ferrocarril. Detúvose ante una taquilla pensando qué billete debía tomar. La grandeza sombría y húmeda de aquel antro alumbrado por una electricidad interplanetaria, biseccionaba su destino aconsejándole exrealizarse para tomar un billete de «sleeping» para el gran «Oriente Express». Constantinopla le era simpaticante. Luego, Dios diría. El empleado le aseguró con toda la garantía de su alma de billete, que el próximo tren iba a San Baudilio de Llobregat; pero que si no le interesaba la ciudad del manicomio, podía apearse en las estaciones intermedias: Hospitalet, Cornellá. Súbitamente tuvo una revelación. Recordó como por encanto haber visto más tarde en Hospitalet a Inocencia en casa de unos parientes, consagrados a la floricultura. Tenían un apretado jardín, y todas las madrugadas enviaban a la Rambla de las Flores, en el carro de una granja, varias canastas repletas de la fragante mercancía, entre cántaras de leche.

A los pocos minutos se hallaba Rodolfo entregado al placer de la velocidad.

Y sin saber por qué, se puso a tararear una melodía inédita. Fonerse a cantar, tumbarse a dormir, echar a correr; he aquí los tres ángulos puntales de la estrella de la perfecta infelicidad. Por estas tres puertas, se nos escapan los últimos electrones del dinamismo personal. Y Rodolfo corría a los cuarenta por hora españoles dormía y cantaba a la vez. Era una triple, absoluta deserción de la vida. Como último recurso de su energía pasiva, la melodía era una elegía anticipada sobre el cadáver de su novia. Ya la muerte no tenía secretos para él. Al salir del túnel al raso, el Llano del Llobregat, parcelado de huertas, predios y peguajes, con un irregular, inabarcable rebaño de casucas torcazas, claras y esparcidas chimeneas, le dió una lección de filosofía con la verde voluntad de su lucha contra la dureza del sol. El campo tiene tanta maternidad como la mujer; por eso me devuelve a la vida, enviándome paladas de inmensidad por

la sventanillas. Pero fuera de la inmensidad, ¿dónde hallar para nuestra limitación inmensa un amor inteligente, una perfecta comprensión? ¡Alma mía, te perderás en una lágrima vertida a destiempo!

Y el concepto del alma y de la imagen de la mujer perfecta se fundían en aquella especie de borrachera de despecho amoroso que sentía Rodolfo cuajando en una forma, ni clara ni oscura, como la esfera del mundo al alba, lagrimón detenido en unas celestes pestañas. En uno de los mares de esta lágrima se ahogaba la esperanza: «Hago bien en irme a Constantinopla!».

Lucita tenía un resquicio de atisbo por el maderaje de aquel sagrario romántico arruinado. Pero los ojos de ella le pesaban con todos los pesos del prejuicio social. «Si, hago bien en irme a Constantinopla, puesto que ella no puede comprender que Inocencia es el miedo de los andenes, el espectro insinuante que de improviso se presenta en uno de los altos del viaje de la vida.

Cada situación social, un andén; en cada andén un misterio que hay que arrollar para dar fin cabal al rosario de nuestro rumbo, hasta que, como un collar bien oprimido, ciña a nuestra garganta el principio con el fin de nuestro itinerario cíclico. Ella se reiría si me oyera, porque no puede comprender la gravedad de máscara que adoptamos los débiles, los «cortos de alcances», los que por nuestra situación de inferioridad no podemos resistir el humorismo. Amar sobre seguro; he aquí un ideal para las mujeres sensatas. Mas para ello se necesita el talento de ver dónde se halla la seguridad. Me tomaré la vida en broma, y mi tristeza será el clow pintarrajeado con todos los afeites de la farsa; invitaré a mi pista a todos los ciegos que no vieron ni verán jamás lo que aman, o lo que se creen que aman».

Al pronto asomóse a la ventana. El andén de Hospitalet adelantándose a Constantinopla, se aparecía con todo el encanto de su juguetería rural. El jefe, el factor y algunos viajeros que espeaban a que el tren, en compañía de la campana, el reloj y unas pequeñas acacias, les miraban aterrados. Un chirrido de espanto recorrió las vértebras del formidable saurio de hierro y madera en cuyas entrañas se sentían los viajeros devorados por la muerte.

Había aparecido en todos los asientos, viajero impenetrable y fatal, el fantasma del peligro, por las ventanillas veían que, pueblo, estación, campo y hombres volaban hacia atrás arrebatados por un huracán de locura. Todo era liviano como los naipes y la piedra pomez. Agolpáronse en las plataformas dispuestos a suicidarse para salvarse del ciego vértigo que se había apoderado de la locomotora. El «nunca más» de los andenes, tenía en sus caras su expresión máxima, la impávida palidez de las catástrofes. Y Rodolfo que poco antes había empezado a sentirse más allá de la existencia, estaba ridículo ante sí mismo. El revisor acudió a devolverles el sentido, gritando:

—¡Tranquilícense, señores; no se han roto los frenos, ni se trata de un ensayo de cuarta dimensión! He avisado al maquinista para que haga alto en Cornellá. El hombre se figuraba que conducía un directo.

Y Rodolfo juraría que el revisor se le acercó confidencialmente para aclararle la cosa de un modo que él debía haber adivinado:

«Es un ex maquinista del «Oriente Express» y claro, la costumbre...»

Cuando pararon en Cornellá, todos creían allí que el reloj se les había retrasado diez minutos en un segundo. No tardó en desaparecer el tren dejando un racimo de supervivientes en playa desconocida. Un caballero criatado, de presencia afilada y penetrante como una cuña, que llevaba una niña, como una palma, de la mano y dos mujeres una de las cuales estaba de espaldas y vestía de entre menestrela y señorita, eran los personajes más interesantes, puesto que un marinero, todo vello blanco, al uniforme unos labriegos de bronce y un músico rechoncho cargado con la gigantesca cri-

sólida de su enfundado trombón, carecían en absoluto de sentido por más que todo en aquel escenario de estación rural pareciese desencajado y extraño.

Todos estaban un poco desconcertados, como bajo el influjo de un eclipse, y protestaban de haber sido víctimas de una catástrofe cruenta. Pidieron al jefe de estación el libro de reclamaciones; pero éste les respondió que eran deudores a la Compañía de una emoción que con nada podrían pagar. Sólo las dos mujeres permanecieron indiferentes a la escena; un poco apartadas del grupo, temblaban como dos arbolillos más a la brisa huertana. Una de ellas sentada en una maleta, daba el pecho a un bebé. La otra permanecía de pie, contemplándola con la sequedad celosa de la naturaleza virginal. Volvióse ésta, por fin, para preguntar dónde estaba el pueblo perdido, y se encontró frente a Rodolfo. ¡Era Inocencia! No se explicaba el por qué aquella mujer empezaba a darle miedo. Ella debió notarlo, porque le hizo esta pregunta malévola:

—¿Le dura a usted el susto del tren?

La sonrisa que acompañó a estas palabras cayó en el pecho del joven como un ánfora. Llegó a turbar el encuentro imprevisto el músico achapado exclamando con verdadera voz de naufragio:

—Dicen que hasta la media no nala el próximo tren que nos tiene que llevar a Hospitalet. ¡Y a mí me esperan en el baile!..

—¡Vamos por la carretera en un autobús?—dijo una voz anónima.

Y todos se salieron en pos del cabecilla, que resultó ser el marinero, hombre avezado a sortear zozobras.

Sólo quedó en el andén, como tallada en una angustia que la retuviera, la madre que aquella que parecía una nuestra señora de los ferrocarriles. No era el cielo su promesa de bienaventuranza, sino simplemente su gran hornacina.

Mientras los otros asaltaban el primer autobús salvavidas, Inocencia se entretenía en atarse un zapato, apoyando el pie en un umbral de alto escalón.

Rodolfo que iba a su lado la esperó, y el vehículo reanudó sin ellos la marcha. Inocencia no se mostró turbada, antes recordó al señorito la primera vez que se vieron, y luego la segunda, tal como él lo había ido recordando poco antes de verse conducido por tales pensamientos a la estación del ferrocarril. Aquellas memorias ataron sus vidas a una realidad invisible, dormida en lo profundo de sus almas.

Sentíanse amigos como los condiscípulos que se encuentran después de rodar por el mundo.

—Lamento—dijo él excusándose—haber tomado yo parte en el motivo de su despedida.

—Yo lamento tener la culpa de que usted haya roto con su novia.

—Novias puede haber otras.

Hubo un silencio, tras una mirada analítica y bastante romántica.

Inocencia reanudó la conversación:

—No lo sienta usted por mí, pues una mujer joven no se ahoga en un vaso de agua.

En el candor de sus ojos vio Rodolfo que no había amoralidad en aquellas palabras, y le preguntó:

—¿Pero no le dá miedo la vida de huérfana?

—¿Miedo? ¿Quién sabe lo que es eso!

El se quedó pensando: Verdaderamente, los matices hacen imposible la definición única; recelo, medrosidad, pavor, temor, sobresalto, susto, espanto, terror, pánico son teclas del mismo piano. Para interpretar una sonata de tales definiciones habría que pesar por estas de ánimo muy distintos. La alarma brusca del tren, había culminado en un sobrecogido de pánico; el temor que empezaba a «dueñarse» del ánimo de Rodolfo no era ya el impulso instintivo de la propia conservación en un agitado instante de riesgo mortal, sino el sobrecogimiento sor-

do, apagado, oscuro que siente el corazón humano al asomarse a un abismo sonoro de vida imposible.

El cabello y los ojos de Inocencia, seguían siendo del color innominado de las emociones abstractas que ruedan por el vértigo de una sonrisa insondable. Más que mujer real, parecía una heroína de novela poética o de teatro histórico. Iban ya por despojado, bordeando los sembrados y las acequias cosa mucho más sabrosa que seguir la procesión polvorienta del arbolado de la carretera. Caía la tarde y se levantaba una pureza lóbrega del lejano invisible mar.

La tierra transpiraba un olor de choza y aprisco. Al foro se esfumaba en una laca Montjuich. Antojábasele a Rodolfo aquella montaña una parda mendiga de nombre chino, que llevara colgando del flanco, como a un crío sucio y pingajoso al crudo distrito quinto de la capital catalana.

Crecía la sombra; el crepúsculo envolvía sus almas. Inocencia no era simplemente la hija de unos pueblerinos. Era una flor de superación de ambiente; o en sus ascendientes había alguna vena o raíz de nobleza, o era oda ella un mentís a las teorías hereditarias, sobre las cuales se alzaba como un caso de aristocracia por generación espontánea. Ella rompió el silencio, alejando el pensamiento del lugar y la situación:

—Ahora estarán en el último acto de la ópera.

—¿Por qué piensas en ellos?

Le miró un poco sofocada. La había tuteado sin darse cuenta. Y es que se le antojaba que desde la mañana en que se le apareció por el cortinaje del cañaveral, no les había separado ningún accidente importante de la vida. Todos seguimos cursos distintos con caudales que no dejan de correr. A veces nos reconocemos en unos parajes; otras en otros; pero nunca en dos al mismo tiempo. Aquella tarde Inocencia y Rodolfo, seguían uno de los caudales más recónditos de su cauce temporal. En el fondo de sus sentimientos empezaban a resplandecer unas estrellas que nunca tocaban sus manos.

—¡Qué feo es el campo solo!—dijo él por salir de aquel silencio—A mí me gusta el campo de las novelas realistas porque en él aparecen barracas, mesones, campamentos, batanes, molinos, rebanos, diligencias...

—Le parece feo ahora porque está usted de mal humor.

—No, señorita. Me parece feo por contraste con usted.

—Lo que le agrada en mí, es el recuerdo de ella. La intimidad que tuvimos la señorita y yo, le da la sensación de que en mí hay algo de lo perdido. De lo contrario sería usted muy cambiante y no sería yo quien hiciera caso de sus palabras. Aquellas cartas...

—Debo advertirle que si yo escribí a Lucía aquellas cartas fué porque me estimulaba una sola cosa, lo mejor que ella tenía: el temor de perderla; pero esto no era ciertamente un motivo para quererla por esposa.

Sonrióse Inocencia muy divertida con tan sutiles conceptos y replicó:

—Lo que le pasa a usted, es que no encuentra siquiera el aliciente de poder odiar a alguien. No le es posible un gesto bizarro y esto es lo que le mortifica. Los hombres son vanidosos hasta en el fracaso.

—Habla usted como un filósofo. Usted ha leído más de lo que a una doncella le es permitido.

—Sin duda, y mi afición a sorprender lízmos, tiene bastante que ver con la suerte que corremos. La señora no podía perdonarme este vicio. Pero decíamos que usted ha sufrido mucho por lo que ahora le parece una cosa trivial.

—Desde luego siento una mezcla de despecho y de dignidad. Cuando un amor ajeno, por el que se ha vivido largo tiempo, fracasa, nos refugiamos en el amor propio.

—Sobre todo, si no conocemos al rival...

—Es que yo no lo tengo; mi drama es unilateral. Mi rival en todo caso es la incom-

presión del espíritu burguesado. Tanta lucha contra la voluntad de unos y otros, tanto sacrificios de ideal políticos, literarios, de amistad, tanto quemarme las cejas pensando en ella más que en los programas y los textos, tantos brindis incógnitos en su honor al pie de los tribunales universitarios... Y pensar que este mismo amor era digno de ser consagrado a una princesa, a una santa, a una mujer maravillosa y genial...

El dejo de sincera amargura que había en tan nobles lamentaciones, conmovió a Inocencia.

Habían andado como media hora y entraban en Hospitalet. Ella se detuvo y dijo:

—Tengo que ver a mis tíos. Si usted quisiera esperarme en la estación...

Rodolfo le dijo que sí. Estaba asombrado de aquella muchacha tan sencillamente amistosa y fácil a la camaradería. ¿No ocultaría alguna aviesa intención? En todo caso: era deliciosa la compañía de una mujer inteligente y linda, cuyo instinto maternal sabía adaptarse a una situación fraterna. Le había dejado bruscamente, y él se dirigió a la estación pensando: «Insisto en que he tropezado con un personaje de la literatura». Pasó revista a las heroínas del arte y la historia, desde Cleopatra hasta la Cenicienta, y ninguna le resultó tan sugestiva, porque Inocencia compendia la alteza de su intuición y la humildad de su estado. Con todo, su carácter quedaba un poco vago en el espíritu, sembrándolo de raras inquietudes, de absurdas incoherencias. ¡Es tan difícil la coordinación de lo aristocrático con lo popular! ¿No sería un elemental que buscara encarnar una novela viviente?

En aquel momento de choques subconscientes, las tiendecitas y los zaguanes de Hospitalet tenían una lejanía, para los ojos de Rodolfo, de palacios encantados. Un automóvil que se precipitó con sus focos recién encendidos por la calle central, puso en las fachadas una penetración fantástica y dislocada de rayos equis.

En la estación rural había una penumbra herrumbrosa contra la que nada podían una amarilla lámpara y el guiño aceitoso de un farolón de petroleo.

No quería pensar y se decía: «Si todo nos lo han dicho los filósofos, ¿para qué seguir cavilando?». Sentadas en el largo banco del vestíbulo habían varias sombras: unos cazadores, unas mujeres que con unos mozaletes habían recogido en el monte cuatro canastos de setas, prodigio que admiraba a los platónicos cinejéticos que sólo habían cobrado dos miserables piezas; un padre carnalita que parecía una talla en caoba, y aquel caballero enlutado e incisivo con la niña espigada de la mano. El moho de la lata vieja que se husmeaba el miserable alumbrado, la ausencia de sentido que tienen unas personas para otras en esas esperas de tren, todo contribuía a que las conversaciones tuvieran en la estación de Hospitalet ese sentido transtéreo y de extramundo propio de las lenguas frías habladas en todas las estaciones del planeta.

Cuando abrieron la taquilla llegó Inocencia. Casi se había olvidado de ella. Suele ser necesario todo el ímpetu de una locomotora para sacarle a uno del atontamiento de una sala de estación.

—Ya estoy aquí.

—¡Ah! ¿De modo que usted se viene conmigo?

Se había mudado de pies a cabeza, poniéndose un trajecito sastre que le daba aspecto de recién casada, en viaje.

Llegó el tren y subieron a un vagón de segunda.

—¡Qué bien!—fueron sus primeras palabras

A él le parecieron una amenaza. Debíó de ponerse pálido, porque ella observó:

—¿Le dura el susto.

—Hemos quedado en que el miedo no existe más que como un producto de la imagi-

nación. En eso se parece al amor. Ni el miedo ni el cariño están en lo que nos rodea, sino que nacen de nosotros mismos.

Le oía sin dejar de mirarle.

—¿Sabe por qué le he rogado que me acompañase?—dijo dando un brusco cambio a la conversación.—Sencillamente, porque me inspira usted confianza, porque me gusta con locura todo lo que se parece a las cosas del cine, y porque tengo que decirle algo que no me he atrevido aún a confiarle.

Subía de punto la palidez de Rodolfo. El nunca había sido objeto de una declaración amorosa, y desconocía los más rudimentarios recursos estratégicos por si llegaba el caso.

Ella, armándose de sinceridad le confesó:

—La señorita Lucía Cecilia es mi rival.

A él se le pusieron los pelos de punta.

—Y aquel caballero enlutado es un intrigante—agregó.

—No comprendo...

—Ahora nos sigue como un espía.

Rodolfo pensaba que Inocencia había escogido el momento propicio para sus afecciones, segura de la influencia que en el romanticismo ejerce la velocidad del tren. Pero era otra la sorpresa que le esperaba.

—Aquel caballero es tutor de un joven candidato a la mano de la novia de usted, el cual me engañó a mí villanamente.

—Y claro, sus padres se oponen...

—Sus padres no tanto como ella.

—¿Luego ella me es fiel?

—Pero usted no debe insistir. El ridículo del hombre engañado por una mujer nace del amor propio, del ahínco, del aparente orgullo que él pone en la conquista—aparente orgullo porque, quien conquista es ella—.

—Esta sinceridad, me asombra.

En los ojos fascinados de Rodolfo, se leía en letras de cartel, esta declaración:

—¿Y si yo, en vista de que es usted una aparecida tan ingeniosa, me propusiera conquistarla?...

A lo cual ella se anticipó exclamando.

—¡Ya le he dicho que yo soy una mujer engañada!

Se miraron desamparadamente, del mismo modo que más tarde tendrían que mirarse muchos días, como inválidos de la vida, como los fracasados que pasan por el mundo en bisel, en oblicuo, de canto, sin adaptarse nunca de frente a otra realidad que a sus vagas nostalgias.

—Digo que aquel caballero enlutado—reanudó muy seria Inocencia—se llama don Fernando. El último día que visitó a doña Mercedes, la señora me acababa de sorprender en el despacho del señor, donde ni ella entra, leyendo un libro que casualmente vi encima de la mesa al pasar el plumero. Se irritó, y yo no supe cómo excusarme oyéndola asegurar que leer es un delito irreparable.

Siempre me ha dado vergüenza escuchar detrás de las puertas, mas aquella tarde eran tan graves mis sospechas, que lo hice para enterarme de lo que decía don Fernando. Comprendí que estaba enamorado de ella, y en compensación a su amor imposible, le suplicaba que se casase a Lucía con Carlitos.

Dijo, que usted era indeseable por sus ideas y una bala perdida.

—Pero, ¿de qué me conoce ese?...

—También a mí me puso buena: «Fíjese cómo se miran» «Es una mujer fatal».

—Claro, y como ella la había sorprendido leyendo furtivamente en el despacho del señorito...

El tren se acercaba a la gusanera de Sans. Abiertas todas sus alas de piedra y ladrillo, la ciudad tenía opuesto al poniente, o detrás de él, infinitos panales de vidrio fulgurantes como el cobre bruñido. Se dijera un fuego interior de las casas, superando el brío arrodillado del sol, miradores alegres de verle rendir las armas, como se alegran los chicos viendo al ogro hecho una hormiga de la distancia, al fondo infranqueable de una hoz tajada a filo, Rodolfo observó:

—Si esa luz de los crisales urbanos permaneciese toda la noche encendida dentro de las casas, nos volveríamos ciegos y amarreceríamos con ojos de cobre bruñido. Pero todo el aparato oropel, aprovechable para un dramón de pretensiones históricas y épicas, mañana nos parecerá en el recuerdo, la botonadura insensible de un centinela.

El revisor, con su silueta de espía elevado a la diplomacia, les hizo dejar el paisaje y la conversación. Al llegar a Sans, Inocencia se despidió de Rodolfo, sin darle explicaciones de nada. Estuvo a punto de seguirla; pero era ridículo. Y no se movió hasta el Apeadero del Paseo de Gracia. En aquel último trozo de trayecto subterráneo, sintió la obsesión de que allí permanecería la sombra de Inocencia, diciéndole ya en un lenguaje de sombra:

«Antes de desaparecer para siempre, quieró decirle, que yo soy ese personaje misterioso, indole de duende que, navegando por todas las superficies y buceando en todos los arcanos, da trabazón y estructura imaginaria a los hechos más diversos y extraños.

Los que quieren enterarse de las realidades auténticas, los que no sienten interés más que por lo que ven los ojos y oyen los oídos, no hacen más que imitarse a sí mismos y a los otros de una manera ciega. Cuando se le agarrote la fantasía, cuando la ópera de la vida social invade el reino de su mentalidad de una manera estúpidamente categórica, desterrando de su vida el elemento de la realidad alegórica e interpretativa, búsqueme usted a mí.

Acudiré a su camino o me desvaneceré de su presencia al antojo de su infantilidad. Con sólo mover esa llave de los cielos surgiré solícita. Mis dedos son varitas de virtudes. Yo soy el hada perdida de las ciudades».

Ya en Barcelona, fué paseando Ramblas abajo. Entonces oyó que alguien le saludaba. Era don Jaime. Había dejado a su mujer y a su hija en el automóvil a la salida del teatro, optando por estirar las piernas y refrescar los oídos.

—No sabes, querido yerno, qué «Parsifal» me han dado!

—Caballero, yo no soy su yerno; yo no me puedo casar con una señorita imposible. Admiro a su hijo, la reverencia, la adoro; pero soy una bala perdida.

—No importa; si no quieres, no te cases; comprendo que mi ejemplo te alarme; pero haz que dure un poco más la ilusión de tener siquiera una persona ajena a la familia.

Una vez sólo, Rodolfo pensó como un obseso, en suicidarse aquella misma noche. Pero un postrer instinto de conservación le empujó hasta la estación de Sans, por si todavía encontraba a Inocencia esperando el último tren. Hablar con aquella mujer fantasma en un vagón, era lo único que le haría soportable la vida.

Pasaron dos meses y Lucía Cecilia no había vuelto a ver a su novio. En cambio, todos los días de fiesta habían sido invitados por doña Mercedes el caballero enlutado y su candidato a la mano de la joven. La presencia del pisaverde, le causaba a la muchacha un profundo malestar. Un día el joven mereció de ella el título de «pisonadora del astrakán», ocurrencia que produjo general hilaridad, a renglón seguido de una sarta de chistes que se traía el mozo en conserva, bajo el brillo de hojalata de su pelo.

La pobre estaba inconsolable. Comprendía que había cometido una tontería siendo tan severa con Rodolfo. Y al acostarse, se lo imaginaba desvelado y llorando como ella. ¡Si volviera! Pero de Rodolfo se había apoderado el miedo de los andenes, el terror de las despedidas, y se gozaba en recrudescer su dolor paseando por las estaciones a la hora de partir los expresos. Más de una vez, los empleados y los guardias le habían invitado a retirarse, y él obedecía con el aire

aburrido propio de un cervantista. Ella no sabía nada de esto; y en sus quimeras se torturaba pensando que Inocencia se habría apoderado de su voluntad, y lo habría hecho suyo a costa de su libertad y de su porvenir.

Pero rodando el tiempo, Lucía Cecilia se vió vestida de blanco. Le hizo el efecto de que todavía duraba el día de su primera comunión, y le hubiera divertido la cosa, de no encontrarse luego al pie del altar, a la diestra de Carlitos; después a la cabecera de una mesa en el Ritz, y en casa del fotógrafo, para terminar la broma en un andén de la estación de Francia, siempre acompañada, como la brasa del tizne, del vencedor de su plaza conquistada.

Al dirigirse a la portezuela de un coche de lujo, sintió por primera vez el miedo de los andenes. Sombrero en mano, acercábase a ella un hombre, cuya mirada tenía el oblicuo extravío de las alucinaciones.

—¡Rodolfo!

—¡Lucita!—tengo tantas cosas que contarte...

—Observando el movimiento de las estaciones ferroviarias, he descubierto los fundamentos de la vida. En cada estación social, un andén, en cada andén, un misterio que hay que arrollar.

Y comenzó a desvariar, una vez sentados los tres en un departamento de primera.

El marido contenía la risa diciéndose: «Chifladura más singular!». Y la recién casada tenía toda su naturaleza transida de terror. Los ojos de Rodolfo eran dos verdugos de su felicidad, que ejecutaban con sus filos las sentencias de estas palabras:

—La única forma constante es el anhelo. De aquí partirá todo mi sistema ideológico. Nada de «razón pura»; el «anhelo puro». Las ideas como los afectos, son huidizas, fugaces; parece que no quieren entregarse para no extinguirse nunca. Así lo transitorio da continuidad y permanencia a la vida. Los sentimientos tienen respaldidad, puesto que nuestra voluntad no es ajena a ellos. Tú podrías estar muy enamorada; pero estúdiate y verás cómo miente el fatalismo de la pasión.

Por no soltar la carejada, el novio se apeó excusando ir por unos periódicos. Y entonces Lucía Cecilia, suplicantes los ojos, pidiendo perdón a Rodolfo, asegurándole que lo que había separado sus destinos había sido una aparente incompreensión, debida al carácter quisquilloso de su madre.

—Yo sé que eres capaz de hacer el loco por desconcertarme, para no decirme lo que sientes. Te lo agradezco, porque si esto me hace daño; lo otro me provocaría una catástrofe.

Y él, sonriendo con una finísima victoria, observó:

—Estás confirmando mi teoría ferroviaria: lo importante es evitar las catástrofes. Los destinos, ¿qué importan?. Siempre son destinos, y a la vez nuevos puntos de partida. Por eso nos sobrecoge afrontar la realidad de cada momento: es el miedo de partir de él a lo ignorado, como si fuera una antigua novia a quien no volveremos a ver. En cada instante de la vida, se elabora un proceso enorme de transición del todo al caos, para salir del caos al todo. ¡Ah querida Lucía Cecilia, qué poco nos falta para desear que arranque el tren un instante antes que se realice una cosa tan sencilla y natural como es el que tu marido vuelva a poner el pie en el estribo!

—¡Calla, por Dios!

—Ahora podríamos hacer un fin de película romántica; pero el corazón tiene su guardavías... Observa a tu marido. Me tiene por loco. Comprenderás que nuestros medios de percepción no nos enteran de casi nada de lo que pasa alrededor nuestro, ni en nosotros mismos. Y puesto que la razón es tan mezquina, ante la posibilidad de una verdad, hay que rendirse discretamente: Así creo que estás apasionadamente enamorada de tu marido, y que vas a partir camino de la dicha, como si eso fuera más lógico que

mis teorías, sin pensar que todo lo que viene es desconocido y que hay un proceso de eternidad en cada latido de tu corazón. Me lo dice el miedo de los andenes, con el «nunca más» de las realidades conquistadas, a costa siempre de un holocausto. Mi última palabra es la confesión de que yo soy una bala perdida.

Siempre que quieras aquí me encontrarás, apuntando a tu marido el día que te falte en algo. Mi destino es dispararme perdidamente contra la perfidia de tus enemigos. Ya no volveré a las estaciones. Sólo esperaba este momento para hacerte mi exclusivo regalo de boda.

Y así desvariando, puso en manos de Lucía un reluciente revólver

El silbato del jefe y la aparición del recién casado con un paquete de golosinas, pusieron en marcha, de improviso, el tren. Rodolfo se tuvo que precipitar, como un suicida irremediable. En el momento en que una mano trémula le hacía «¡Adiós!», ese «¡Adiós!» del «Jamás!» que quiere ser «¡Para siempre aquí!», la emoción del «hoyo tumultuoso que se había producido en su alma, le puso a riesgo de emprender un viaje mucho más seguro y largo, aunque instantáneo, que el de la luna de miel. Lucía Cecilia, que se había asomado, lanzó un grito de espanto y se desvaneció sobre la butaca. Había visto caer a Rodolfo al apearse.

Desde aquel momento, su juguete favorito fué el revólver, y su vida estuvo continuamente torturada bajo las ruedas inacabables de un tren.

Algunas tardes, un hombre apoyado en un bastón, llegaba cojeando a la verja del jardín de los tíos de Inocencia. Esta le abría sonriente.

Envuelta en un estimulante olor de flores diversas, se embalsamaba la llaga de su felicidad. Rodolfo e Inocencia solían hablar de cosas muy insignificantes. He aquí algunos rezacos de sus conversaciones:

—¿Qué lees?

—Esto. ¿Lo quieres? Es bastante entretenido.

—Gracias. Aquí no me gusta leer.

Una sonrisa muy amable y un silencio...

—¿Te duele hoy el pie?

—No. Estoy mucho mejor. ¡Pensar que pude haberme muerto! La verdad es que ya lo mismo me daba.

—¿Pero se puede saber cómo fué?

—Ya lo sabes.

—¿Que te caíste? ¿Pero dónde? ¿Cómo?

—No me hagas pensar en eso...

Otro silencio lleno de vaga angustia.

—La gente empieza a decir que somos novios.

—¿Te molesta?

—No. Me divierte.

—Entonces que sigan diciendo.

—Les extraña que ahora no trabaje.

—¿Que no trabajas? ¿Pues quién gobierna esta casa desde que murió tu tía?

—Es verdad.

Y a lo mejor se quedaban contemplándose, con indiferencia de buenos hermanos. Hallaban el uno en el otro el complemento de su melancolía, de sus pensamientos, de su nostalgia. Era la ausencia de su espíritu los que les atraía mutuamente. Lucía estaba retratada en él. Carlos en ella. Y se complacían deseando quererse. Pero no podían.

(PROHIBIDA LA REPRODUCCION)

Para el proyectado Museo del Buen humor

POSTALES Y TARJETAS QUE VIERON NUESTROS OJOS

por RAFAEL MORAGAS

Aunque no lo parezca, hemos entrado en el Otoño. Es de esperar que de un día a otro, no nos asemos y que por allá mediados del próximo Octubre, un cambio brusco nos obligue de prisar a sacar los abrigos. La avanzadilla del invierno nos someterá a dos clases de estornudos. Una producida por la baja temperatura y la otra, por las bolas de alcanfor. Mientras llega el tiempo fresco, consignemos lo que hemos recogido en estos días en las terrazas de los restaurantes y casinos veraniegos, donde, la verdad sea dicha, entre ola y ola hemos sudado Charleston y Charleston.

La gente joven, ha charlestoneado de lo lindo y nosotros, abstemios ante todo, nos hemos entregado a tomar aquellas temperantes aguas termales que se llaman Picón y cocktail. Entre sorbo y sorbo, en el velador del casino, fuimos recordando anécdotas. Pero todas cuantas hoy pudiéramos referir a nuestros lectores, pálidas quedarían al lado de una magnífica colección de postales tarjetas de visita que un íntimo puso delante de nuestros ojos.

Las postales, si mucho tenían que ver, pues eran unos perfectos cromos, poco tenían que leer. Salvo una—era de un novio—que permitía refocilarse con una sabrosa cuarteta, las demás no merecían la pena de ser, por su texto, recordadas.

La cuarteta—no la vamos a escatimar al lector—, decía así:

«Postal que de ti recibía,
postal que me hacía daño,
postal de la que tú dirías...
«postal» día hará un año.»

*
*
*

Leído este destello poético, pasaremos a una magnífica colección de tarjetas de visita. Claro está, que todas ellas tienen antecedentes. Los de mi generación recordarán, que fué el gran humorista «Peius» quien encargó que le imprimieran unas tarjetas que decían así:

POMPEYUS GENER
Savant catalán

Avenue Petritxol

Otra tarjeta que reportó regocijo, fué la que por allá, el año noventa y tantos reparaba en famoso pintor Ramón Casas, que ha tenido, como es sabido, un buen humor épico.

Decía así:

Ramón Casas

Ex pasajero de primera clase del vapor «Antonio Lopez»

En Madrid, hemos leído en unión del popular actor y escritor Joaquín Montero, una tarjeta que rezaba lo siguiente:

ELADIO RUIZ

Profesor de mús

—Si el saxofón y la ocarina tienen profesores ¿por qué no iba a tenerlo el noble juego del mús tan acreditado como útil, ameno y complicado?

En mis mocedades, recuerdo haber tenido en mi poder una tarjeta en la que podía leerse:

JOSÉ BONMATÍ REBULL

Valencia, 725, Casa propia

Pero las que batan el record, son esas dos tarjetas que guardo en mi poder como talismanes, que dicen:

Avelino Gutiérrez

Aeronauta
Suplente de vigilantes

Esta es una, pero la otra es apoteósica. Creo que el interesado vive y viva por muchos años. Cuando un hombre, posee como el que muy pronto trabarán ustedes conocimiento, tantos títulos, honores y méritos, tiene derecho a hacerse unas tarjetas como la que sigue y que por todos, sea conocida. Dice así:

Cav. Narciso Serra

Profesor de Canto Italiano-Español.—
Imposta la voz por defectos que tenga.—
En catorce años ha puesto en carrera a veintinueve de sus discípulos entre Opera Italiana, Opereta Española y canciónistas de variedades (del género fino).

Caballero de la Corona de Italia.—
Cruz de plata con distintivo blanco de los Sitios de Gerona.—
Medalla de bronce de los Somatenes Armados de Cataluña y otras.
Primer bajo de Opera Italiana que fué de la compañía del gran tenor Gyarre y demás celebridades de aquella época.

Procurador de los Tribunales

Calle Universidad, 121, 2.º
BARCELONA

TRES DIAS EN NURIA

por JESUS PINILLA

Pequeña marcha hacia «Nou Creus» y pequeña disertación sobre planos futuros

Una mañana sin una sola nube. Una atmósfera límpida, de esas que acortan las distancias. A tiro de escopeta los altos picos y los pasos o collados que separan las inacabables vertientes. La distancia entre el Santuario y la «Collada de Nou Creus», engañaba siempre, os engaña más en un día de ambiente puro como el escogimos para encaramarnos Mulleras arriba.

—No es posible que se inviertan dos horas—dice el más animoso.

—Dos horas largas—contesta quien no va a hacer por vez primera el camino.

Sol abrasador, cuando se calma el aire. Frío más que fresco, así que sopla ligeramente el viento. En la altura, una ventolera insufrible, que nos dice lo que han de ser los huracanes de nieve.

Al doblar la cordillera, nos encontramos con los lúgubres vestigios de un nevasco trágico: las cruces evocadoras de la muerte de los devotos del Zech. Y encuadrándolas el espectáculo más soberbio de montaña de todo el Pirineo Oriental de Cataluña: Simas gigantes—ahí está el hombre de la «Fosa del gegant» los picachos más enhiestos y salvajes—Bastimento, Pich del Infern, Torrancules—extenso panorama de inmensa ciudad de piedra...

A los pocos minutos cae la vista sobre el mar lejano, y vemos romper las olas plácidas en los acantilados del Cabo de Creus.

Regresamos a Nuria. Al atardecer, las boiras llenan los bajos de los valles. «¿Estuviésemos en Finestrebres veríamos escondérse el sol detrás de la Sierra del Cadí,

En Nuria nos habla Mossen Bataller, alma del Santuario, de proyectos futuros, cuando sea un hecho la construcción del Cremallera que él reputa inmediata.

—De aquí saldrá entonces un funicular—exclama.

—Hacia Nou Creus—decimos—impresionados por la reciente visión de montañas y el espléndido panorama sobre el Ampurdán.

—Hacia el Puigmal, Cúspide de nuestro Pirineo—observa un camarada.

El reverendo Bataller se siente Cousin:

«Ni lo uno, ni lo otro. Si prevalece mi opinión, el funicular será de Nuria a Pic d'Eyna. Ni a Puigmal ni a «Nou Creus». El picacho de Eyna, mirador admirable sobre la Dardaña, el Confenet, el Capels y Vallespis, equidista de la cumbre pirenaica y del paso trágico. Y por la cuesta puede arreglarse un camino practicable en caballería para visitar «Nou Creus» y el Puigmal. Por eso mi voto será para Eyna».

Pero falta lo principal: el acceso fácil al Santuario; hagamos todos votos por su

pronta realización y prospere el veto de Mossen Bataller.

II

En la Iglesia del Santuario se confluyen Ordenes Sagradas.

El obispo de Urgel practica la visita pastoral. Recorre el Valle de Ribas y los pueblos de la «bailya» de Tosas. Va administrando el Sacramento de la Confirmación. Sábese que suspende por un par de días la visita y que descansaría en Nuria.

Pero no sólo es el descanso lo que al Prelado le lleva al Valle religioso. En Nuria reclama su presencia otro Sacramento; la orden sagrada.

En las últimas ordenaciones de clérigos no pudo ser investido de los hábitos sacerdotales, por razón de edad, un presbítero. Don Jaime Argelajos. Cumplida la edad, no era justo hacerle esperar otra promoción sacerdotal, y el obispo de la Seo ha interrumpido la práctica de un sacramento para aplicar otro.

Ha llegado el obispo a Nuria por el abrupto desfiladero. Causa impresión contemplar su paso por el camino. Viéndole trepar montado por los riscos de Nuria, se explica su principado de Andorra.

En el Santuario se congrega más gentío que de costumbre en esta época del año. En Nuria ha de celebrarse una ceremonia original para los que frecuentan aquel sitio. Es la primera misa de órdenes que se dice en el Santuario.

Discorre la ceremonia en medio del mayor interés. Pocas veces habrása celebrado en presencia de tanta emoción. El rito, a pesar de sus complicaciones, queda oscurecido por el lugar de veneración, donde a diario se entona la estrofa:

«terras de Franca i d'Espanya».

Acaba la misa que ha servido para unguir al sacerdote. No puede ocultar éste su turbación ante la grandeza mística del Valle. No es la iglesia de Nuria, es Nuria por entero que pesa sobre su ánimo encogido: los picascales, los macizos pirenaicos, toda la tradición del Santuario montañés.

Ya puede officiar Mossen Argelajos.

Alguien le pregunta si tardará en decir su primera misa.

—Mañana y aquí. Me han encargado del officio solemne del domingo.

Al pronunciar estas palabras el flamante ordenado, advinase en él la exaltación fervorosa del que ha recibido el sacramento de manos del Obispo-príncipe, para ofrendarlo al siguiente día a la Virgen de Nuria.

No podía tener mejor madrina su fiesta sacerdotal.

III

El valor del franco influye en el número de visitantes del Santuario.

Hemos charlado durante estos días de es-

tancia en el Valle de Nuria de varios aspectos que ofrece al observador.

¿Aumenta el número de visitantes?

Los sacerdotes encargados de la administración nos dicen que hace años que oscila ente 18 y 20 mil. Querría esto decir que no hay aumento, pero en realidad, a expensas de las facilidades que da el tren hasta Ribas y el automóvil hasta Caralps, en estos últimos años se ha iniciado un progreso en el número de concurrentes, que por lo menos compensa el descenso que se nota de peregrinos franceses.

—¿Vienen muchos menos?—preguntamos al reverendo Bataller.

—De cuatro o cinco mil que antes llegaban por Finistrellas, Eyna y «Nou Creus» se han reducido a unos mil cuatrocientos. Sólo una tercera parte. Y se concibe. Por lo general los franceses que acuden a Nuria son gente pobre—los ricos pueden dar la vuelta por el transpirenaico—y con el franco bajo, a pesar de todas las consideraciones que se les guardan en los precios, la permanencia en Nuria les resulta costosa. Desgraciadamente—añade Mossen Carrera—por mucha que sea su fe y su fervor por Nuria, el gasto que les supone el trasladarse a este lugar y pagar en moneda española es un sacrificio que no todos pueden realizar.

Comprendemos el por qué no se encuentran como antes aquellos grupos que entonaban sus cánticos en francés y que a veces, en días determinados, daban un contingente tan grande como el de españoles.

Pero, a juzgar por los datos que nos facilitan, los caminos españoles, en especial la «gorja» van en proporción creciente: es mayor la afluencia por momentos.

Y el día en que sea un hecho el cramallero, o en cualquier otra forma se dé facilidad de acceso al Santuario, los veinte mil visitantes de hoy se multiplicarán como por encanto.

Así se expresa en su optimismo, el administrador Mossen Bataller, que nos refiere la confianza que tiene en que al conocerse las mejoras con que se dota de continuo al Santuario—caudal abundantísimo de agua, que ha obligado a cerrar la Fuente de la Trinidad; el nuevo cuerpo de edificio cuya construcción ha sido idea del Prelado, determinados pormenores de comodidad y embellecimiento—la afluencia de visitantes será mayor todavía.

—Basta ver—añade—lo que ahora ocurre. Acaba septiembre y easi no se nota. Estamos como en pleno agosto.

—El calor—le objetamos—es un factor como los cambios, aunque con influencia opuesta.

—«Pero sin calor, y con cualquier cambio, no dejan de acudir a Nuria millares de devotos que no disminuirán jamás, jamás».

Nosotros opinamos igual, mientras nos extasiamos ante la grandiosidad del Valle de Nuria.

La segunda expedición de catalanes a Oriente

por CASIMIRO GIRALT

VIII

Una noche blanca de luna en las Pirámides.

Me fué presentada por el director del teatro como una de las bilarinas más famosas de Egipto.

Se llamaba Sadha.

Era una extraña, una singular criatura. Su cuerpo menudo, de líneas armoniosas y suaves, desnudo bajo el finísimo lino de su túnica, parecía doblarse con esa asombrosa flexibilidad desconocida en las mujeres de Occidente.

Bajo el «chaik»—el velo—que ocultaba su rostro, adivinábanse unas facciones delicadas y correctas y su frente, de color ligeramente cobrizo, en la que el hilo de seda de las cejas negras, perfilaba dos suaves curvas sobre los ojos enormes, era ancha, inteligente y noble.

Sus ojos llenos de misterio, en los que parecía espejarse el infinito, tenían un encanto, una fascinación irresistible. Era una mirada la suya, desconcertante, indefinible. Parecía a veces inmóvil, reflejar la serenidad del lago dormido bajo la noche, y, a veces, penetrante, incisiva, sepultarse dominadora en el fondo de los ojos que osaron levantarse, incautos, hasta ella...

Los bailes españoles de nuestras artistas la subyugaron profundamente.

El ritmo candencioso de las danzas andaluzas, sobre todo, ejercían en ella una atracción poderosa. Su parecido con las melodías árabes que sus brazos y sus piernas y su cuerpo todo, trenzaban y destrenzaban maravillosamente, la sorprendía y esclavizaba entre bastidores, durante la representación de nuestro espectáculo.

En una ocasión la sorprendí estática, las pupilas hacia adentro como en interna contemplación, acodada en los maderos con que la ficción teatral levantaba y sostenía parlacios, ciudades inmensas y bosques seculares, extasiada con aquellas músicas traídas de extrañas tierras...

Entonces, sacada bruscamente de su abstracción, me pareció adivinar en su rostro, bajo el velo finísimo que lo ocultaba, una mueca de disgusto. Su pie, nervioso, golpeó el suelo con impaciencia haciendo sonar el oro de sus «kolkral» o anillos para los pies.

Su mirada se clavó después en mis ojos penetrante, confidencial, mientras su voz velada por una extraña emoción, murmuraba en una jerga, mezcla de árabe, italiano, francés y griego:

—No te burles. Estas músicas españolas parecen despertar en mi alma el recuerdo amigo de una infancia lejana, como perdida en el misterio remoto de los siglos...

Intimamos. Sadha parecía encantada de nuestras músicas y nuestras danzas y con alegría infantil acudía a diario a nuestro teatro. Se hizo nuestra compañera insustituible, nuestra amiga predilecta.

Aquella tarde, terminado el espectáculo, accedió a ir conmigo a las Pirámides. Un automóvil nos condujo a Mena. Cenamos en una solitaria terraza de Mena-House, magnífica atalaya sobre el desierto, bajo unos árboles floridos.

El sol púrpura proyectaba su último rayo sobre las inmensas dunas. Un beduino, al paso candencioso de su camello, se perfilaba en el horizonte...

Sadha accedió a quitarse el velo no sin que una llamarada de fuego incendiara el tinte cobrizo de sus mejillas. Su rostro era bello. El cabello, negrísimo, plegado a los lados como dos alas de cuervo y recogido graciosamente en la nuca, enmarcaba un rostro maravillosamente oval. Sus dientes, perfectos y blanquísimos, eran entre el rojo de sangre de sus labios, ligeramente grue-

sos, dos líneas impecables de marfil como montadas sobre una herida abierta...

Unos flambres, unas frutas, dos botellas de perfumado vino de las campiñas del Agro, fueron nuestra cena, que transcurrió silenciosa. Sobre la llanura letárgica, en el cielo pardo, titilaba ya la pupila de oro de la primera estrella. Unos pájaros nocturnos se balanceaban en el aire con su vuelo blando y silencioso.

Nos alejamos, paseando, de Mena. Nos detuvimos bajo unos sicómoros. La luna tardaría aún en salir.

Antes de nuestra proyectada excursión a las Pirámides, podíamos reposar amablemente, sentados sobre unas rocas, contemplando cómo se desdibujaban y desaparecían cual tragados por la noche, unos árboles frondosos que allá a lo lejos, desmayaban sus ramas sobre la cinta de plata del Nilo...

—«Et fadal o'ad»—síntate—murmuró la egipcia, reclamando con un gesto mi atención.

—«Aannah»—escucho; la respondí en mi árabe torpe e incipiente.

—Esta noche—prosiguió, Sadha—, cuando la luna se contemple sobre los lagos inmóviles, aprenderás a leer en las piedras, mejor que en los libros que los sabios de tu raza escribieron para embaucaros, la maravillosa verdad de una civilización muerta. Tu mirada absorta en el misterio de lo desconocido, evocará la magnificencia de unos pueblos desaparecidos, con toda la pompa de sus multitudes abigarradas y de sus hombres poderosos seguidos de extraños cortejos de mujeres, esclavos y guerreros...

—Mira—prosiguió—, sacando de entre los pliegues de su túnica, una larga pipa, terminada en una cubeta de sándalo—fumaremos el «hatchist» y a través de sus nubes de humo, perfumado de ámbar, se alzará ante nuestros ojos evocadores Memphis la sagrada, con sus monumentos orgullosos y sus obeliscos gigantescos...

Nos acercamos nuevamente a Mena. Sadha iba delante de mí, ágil y silenciosa, deslizándose a veces inmaterial, ingrátida, por entre las rocas graníticas tapizadas de musgo, último vestigio que la vida vegetal ponía en las mismas puertas del desierto...

Unos camellos etíopes nos ofrecieron, enjazzadas en mantas políferomas. Los dromedarios, sumisos, doblegaron sus piernas, humillándose en el suelo, para que nuestra ascensión a ellos fuese fácil y cómoda. Y comenzó la marcha lenta, oscilante, hacia el desierto...

Sadha encendió su pipa y me dió a fumar mientras ella a su vez, de tiempo en tiempo, aspiraba voluptuosamente.

Los famosos monumentos faraónicos no constituían para mí una sorpresa. En excursiones recientes mis ojos se habían habituado ya a su contemplación y las narraciones que de su historia se hacían para turistas más o menos batracios, no eran tampoco para mí cosa desconocida ni hubieran podido interesarme en ningún momento.

Sadha evocaba la historia de las Pirámides mientras mis ojos, a través del humo del «habelis» seguían la masa imponente de los monumentos.

Mi espíritu parecía encogerse ante su grandeza y se detenía absorto en la contemplación de la pirámide de Khéops. El rey poderoso que movilizó cien mil esclavos, durante diez años, para la construcción del monumento.

El «hatchis», indudablemente, ejercía en mis nervios su influencia poderosa. Trás una alegría vivísima, cuyos efectos se tradujeron en una locuacidad inusitada, sentíame ahora invadido por un bienestar amable, propicio al romanticismo y a la confidencia.

—Cuéntame tu historia, Sadha—pedí a la joven.

La egipcia se dispuso a complacerme. En su rostro bronceado eran sus ojos como dos estrellas brillando en la noche.

—Mi padre—comenzó—se llamaba Hamid-el-Cheik. Había visto la luz en las altas riberas del Nilo. Mi madre era siria, de belleza imponderable. Para atender a mi educación me llevaron a una «madrasa»—escuela—del Cairo. La adversidad se cernió bien pronto sobre nuestro hogar, un tiempo feliz, poderoso y opulento. Murió mi madre sin que por mi ausencia me fuese dado rezar sobre su cadáver el «Sallat-el-djhenaza» (la plegaria del entierro). Algunos reveses de fortuna, acabaron después con nuestros bienes. Mi padre, viejo y enfermo, concertó mi boda con Abdul-Ben-Said y cobró de él el «sadouka»—precio de la hija—. Al día siguiente pasé de la «kodja»—la maestra de la escuela—a mi esposo, vistiendo el «chaik» de las desposadas. Tenía apenas trece años y Abdul, cincuenta. Su carácter era violento, egoísta y brutal. Ejercía de «bach'amar», jefe de convoy—en una caravana de mercaderes que cada seis lunas atravesaba el desierto. Un día partieron y no han vuelto ni vestigio alguno se encontró de la caravana ¿Perecerían en el desierto?

—Es sam aleika—caiga la desgracia sobre ti—y que los «chitans»—demonios—devoren tu corazón si no esperas mi regreso, pura como la rubia «Amar»—la luna—fueron sus últimas palabras.

—Entonces—prosiguió la egipcia—pasados tres años aprendí a bailar. De niña habíanme observado grandes aptitudes para la danza y costóme en verdad bien poco adiestrarme en sus secretos. Hoy he escalado ya uno de los primeros puestos entre las bailarinas más famosas del Oriente.

—¿Y has seguido esperando la vuelta de tu esposo?—me atreví a preguntarle apriñando sus manos entre las mías.

—El amor no ha llamado a la puerta de tu corazón?

Sadha me miró fijamente. Su mirada poco antes calma, serena, era ahora penetrante, incisiva, dominadora.

—¿Quién sabe!—contestó como un reto, cerrando después los ojos pensativa.

Partimos. Una azulada claridad ahuyentaba ya las sombras bajo las cuales dormía el desierto su sueño letárgico.

Ascendimos de nuevo en nuestros camellos. Regresamos a Mena. Montamos en nuestro automóvil para reintegrarnos al Cairo.

Unos pájaros despertaban en risas las riberas del Nilo...

Sadha empezó a tocarse con su velo. Antes, coqueta, se dispuso a colorear sus labios con el perfumado lápiz.

Durante unos momentos la fascinación que ejercía aquella extraña criatura, obró en mí de manera irresistible, impetuosa, y sin que ella pudiera impedirlo la besé en la boca.

Sadha me apartó dulcemente. Y con voz velada por la emoción, pero no desprovista de energía, murmuró:

—No quiero. Jamás mi cuerpo será de un «kafir» (infiel).

Y antes de prender el velo que había de ocultarme su rostro para siempre, la egipcia apretó contra sus labios la finísima batista de su pañuelo y grabó en él, precisa, exacta, como estereotipada en sangre, la estampa de su boca.

—Toma—me dijo—Guarda este pañuelo en recuerdo de una noche blanca de luna en las Pirámides... y en recuerdo también de tu pobre Sadha, la bailarina de Egipto...

Y sin volver la cara, ingrátida, como una libélula, saltó del automóvil y penetró en el portal de su casa.

Las bellezas de nuestro Pirineo

DE COLLEGATS A ESPOT

por ANTONIO RUE DALMAU

Es la provincia de Lérida pródiga en paisajes de agreste sublimidad. El viajero véase sorprendido, en cuanto se acerca a las abruptas estribaciones de los Pirineos lepidanos, ante la maravilla de espectáculos prodigiosos en los que la Naturaleza parece complacerse en hacer sentir su grandiosidad y llevar la emoción al ánimo más insensible.

Todo aquel que recorriendo por primera vez tales parajes, saliendo de Poble de Segur, se dirige por la carretera de Balaguer a la frontera francesa, a Sort o a Esterri, al llegar al «Pas de Collegats» no puede contener una exclamación de sorpresa.

En nuestro extraordinario del pasado domingo, ofrecimos a nuestros lectores la visión de dicho agreste paraje, uno de los más bellos de Cataluña.

La ruta sinuosa, labrada en peña viva, bordea el inquieto Noguera Pallaresa—que tiene en aquellos lugares más de cascada que de río—y encerrada entre macizos gigantes, se desliza por angosto corredor salpicado por el eterno gotear de las aguas que brotan de las rocas, nunca besadas por el sol.

Espectáculo único en grandiosidad y belleza que recuerda el lápiz de Doré y tiene algo de visión dantesca. Así, en un trayecto de cinco kilómetros, la carretera, siguiendo la corriente espumeante del río, avanza por el desfiladero abierto en la roca por la acción erosiva de las aguas a través de los siglos, culminando su estrechez angustiosa en el «Torrent del Infern» y en el angosto «Forat dels Cornuts» donde antaño el «Pont del cabrer» levantado por los frailes del convento de San Pere de les Malases, ofrecía el único camino posible a seguir para el viajero.

Allí, en lo más tenebroso del desfiladero, cuando la carretera aprisionada entre altivas murallas de granito, serpentea audaz, ofrécese a los ojos del viajero «la Argenteria», una de las curiosidades naturales más bellas de la cuenca del Pallars, tan pródiga en bellezas. De una de las paredes del corredor gigante, el agua, pura y cristalina, procedente de las entrañas de la roca, brota por mil resquicios diferentes, forman-

do al caer por entre el verde musgo, una cascada que parece bordada en la peña por manos de hadas.

Si el espectáculo es hermoso en verano, en invierno es sorprendente. El agua, helada, forma caprichosas estalactitas que despiden irisados rayos. El pueblo con su acierto insuperable en dar a las cosas su nombre más gráfico y apropiado, ha bautizado este prodigio con el bello nombre de «La Argenteria», ya que escapate cuajado de ricos joyeles, semeja aquel rincón del agreste Collegats en invierno.

Collegats y su «Argenteria», en otro país más entusiasta de divulgar sus bellezas que el nuestro, atraerían caravanas de turistas y figurarían en los multicolores «affiches» que penden de las paredes de las Agencias de viajes, ya que su contemplación compensa sobradamente las molestias del largo viaje que para llegar a ellas debe hacerse. Hoy, sólo pueden gozar en su contemplación, aquellos que dan paso para el Valle de Arán, transitan por la más pintoresca ruta catalana.

Mosen Cinto, que tanto amaba todo lo bello, y, que, enamorado de los encantos de Cataluña, recorría a menudo nuestra tierra, plasmando en bellas estrofas sus impresiones, dedicó a la «Argenteria» y a Collegats, en su inmortal poema «Canigó» unas hermosas rimas:

«De cim a cim, va de Rubió a Pentina
i, sota Bresca, en Collegats, li ensenya
la rica Argenteria, que en la penya
pará algu geni amb enciseres mans.

Cortinatjes de tosc. i brodadures,
cascades d'argent fós en l'aire preses
garlandes d'aura en rics calats suspeses
d'alguna fada, finestró diví,
de lliri d'aigua i de roser poncelles
com ulls closos de verges que hi somien,
tot hi es blanc com els coloms que hi nien
papellones gentils d'aquell jardí...»

Otro de los puntos de nuestro Pirineo, cuya magnificencia sorprende y sobrecoge, es el altivo macizo de Espot, cuya cumbre,

a 2.860 metros sobre el nivel del mar, sólo en los rigurosos meses de verano se vé libre de su capuchón de nieve.

El turista, tiene en los picos de Espot—del que en este número publicamos varias fotografías—oportunidad de observar el fenómeno curioso, único en las cumbres pirenaicas, de que su altura no impide la vida vegetal, como acontece en los demás picos de la cordillera.

En Espot, los bosques de recios abetos, alcanzan hasta la cumbre, desafiando las nieves casi perennes, y en ellos, el «isart» trisca por entre las rocas, libre de las acechanzas del cazador y el oso, de vez en cuando deja huellas de su paso. Y abajo, el valle pródigo en pastos y en arroyos, verde y fecundo, aún en invierno, ofrece sorprendente contraste con la cumbre, que cautiva y embelesa al visitante.

La leyenda ofrece al turista con la contemplación del mallo de Roldán, vestigio remotísimo, según la imaginación popular, de pasadas gestas. Y la Conseja, poetizada por el pueblo, llega a ser tenida como verdad histórica a través de los siglos, como lo son en Huesca, otros mallos de Roldán, no menos venerados.

El que visita una vez nuestro Pirineo, no puede sustraerse a la sugestión de sus bellezas y vuelve, vuelve atraído por la sublimidad de sus valles, por la altiva rudeza de sus riscos y por la majestuosidad de sus cumbres, donde el sol reverbera en la nieve, irisando matices incopiables. Y vuelve atraído también por la bondad patriarcal de los moradores de aquellos modestos poblados, cuyas casas están abiertas siempre al caminante, y por la riqueza sin igual de sus aguas, algunas de las cuales—las de Espot, las de Caldas, las de Arties—obran milagros...

